

al paso, á las mujeres que ocupaban las últimas filas de sillas, balbuceando algunas frases en contestación de los cumplidos que recibía de los más atentos. La Condesa no le abandonó, y al descorrerse la cortina, se encontraba naturalmente sentado el poeta al lado de la dueña de la casa, á la sombra de uno de aquellos arbustos que formaban corona á la estatua del difunto. ¡Y no fué poca dicha que tropezara con un sitio apartado de las miradas de aquellas gentes!

Claudio había desaparecido; se hallaría entre bastidores indudablemente.

## IV

## EL «SIGISBEO»

Descorridas las cortinas por dos criados, quedó á la vista un escenario diminuto. Como la acción se figuraba en un jardín de Venecia, pudo arreglarse con un telón de fondo y plantas naturales de la estufa de la Condesa, cuadro que se diferenciaba bastante del que la fantasía de Perrin presentó en la Comedia Francesa. La calidad del público, las dimensiones del escenario y hasta el cambio de decoración, aumentaron la turbación de Renato, haciéndole sentir todas las emociones de un estreno. Salió la Rigaud; resonaron los aplausos, y la artista saluda sonriendo. Su traje á lo Wateau estaba copiado de un episodio galante del gran pintor; sus cabellos empolvados, el lunar en la juntura de los labios, el colorete de las mejillas muy pálidas, conservaban en aquella fisonomía algo de tierno, sensual y melancólico, que nacía de sus ojos soñadores y guardaba semejanza con las *madonas* y los ángeles de Boticelli. ¡Cuántas veces Claudio,

en lugar de aborrecerla, la compadecía, si le miraba con aquellos ojos después de cometer alguna de sus infamias! Comienza la Rigaud á recitar sus versos y Renato á sufrir horriblemente, mientras á su alrededor las gentes del buen tono proferían sus exclamaciones en voz alta, como acostumbran cuando un artista trabaja en los salones. Uno:—«Es linda.....» Otro:—«Imita demasiado á Sara Bernhardt.....» Aquí:—«Me entusiasma la pieza.....» Allí:—«Detesto los versos.....» Por fin, de un grupo de jóvenes en que se destacaba cierto personaje calvo, de grandes narices y cara congestionada, se impuso silencio, cuya actitud agradeció la Condesa saludando.—«Es Salvaney—dijo á Renato—y está enamorado perdido de Colette.»

Calló el público, y el poeta pudo embriagarse oyendo su obra y los murmullos de aprobación que se levantaron; el *Sigisbeo* hizo su efecto entre estos mundanos y mundanas, como lo había logrado en el teatro ante escritores fatigados, vividores y mujeres galantes. Una interior alucinación llevaba el pensamiento del joven á la época en que imaginó y escribió su pieza. Recordaba aquellas tardes de la primavera pasadas entre las flores del jardín de Luxemburgo, embellecido á sus ojos por la mirada angelical de Rosalía. En-

tonces fué cuando le confesó su amor, recogiendo en pago las más lisonjeras esperanzas. Su emoción le impidió conciliar el sueño, y comparando la dicha que en aquel instante mereció de Rosalía, con otros tiempos anteriores, trajo á su memoria el nombre de Elisa, muchacha del barrio latino, y única mujer con quien había mantenido cierta clase de relaciones. Triste le dejaron por la diferencia de aficiones y gustos, y acabaron á los seis meses, en que bien pudo decir que fueron sufrimientos y no placeres los que obtuvo. ¡Tanto le mortificaron las coqueterías groseras y el fondo depravado de Elisa! Pero Rosalía, tan pura y cándida, le hacía sentir un éxtasis de ternura real y positiva. Del contraste de sensaciones nació la idea del *Sigisbeo*, inspirándose en el gusto de Shakespeare y de Musset, que leía con afán. Cincuenta versos escribió la primera noche, y surgió la historia de un señor veneciano llamado Lorenzo, enamorado de una mujer cruel y ligera, la princesa Celia. Aconsejado por un calavera francés, de paso en Italia, el Marqués de Senécé, fingió una gran pasión á la bellísima y dulce Condesa Beatriz para dar en rostro á la pérfida. Esta situación le puso en la de conocer que Beatriz sentía hacia él un profundo afecto que llegó á corresponder, desdeñando los halagos de

Celia, que intentaba sujetarle de nuevo á sus plantas. Triunfó el encanto de un amor sencillo en el *Sigisbeo*.

Colette hablaba representando Celia; Lorenzo se lamentaba; reíase el calavera y soñaba Beatriz. Un rasgo de poesía flotaba sobre todos estos caracteres traídos del país de Benedicto y Perdican, de la Rosalinda de *As you like it* y del Fortunio del *Chandelier*, despertando frases entusiastas en la parte del auditorio femenino, y Renato, con la vista en el tiempo pasado, en las vigiliass que todo esto significaba, fijándose en tal ó cual tono, en el que Colette, por ejemplo, estaba recitando tierna y sarcástica... Y la fantasía retrospectiva continuaba: sus horas de trabajo; su método de vida tomado de Balzac: los consejos y alientos de Claudio; los incesantes cuidados de Emilia, aquella hermana excepcional que habría dado lo imposible por asistir al éxito del momento, todo venia á su mente con una vaga melancolía que le causaba el cambio que en sus sentimientos hacia Rosalia experimentaba y que no era bastante á borrar el entusiasmo con que terminaba la representación del *Sigisbeo*.

La Condesa fué la primera en felicitar á Renato.

—Todas esas señoras se van á disputar el gusto de recibiros.

La confirmación de estas galanterias vino á seguida con las exclamaciones que hasta él llegaron, confundidas con el roce de los trajes, el ruido de las sillas y los saludos que de una y otra parte se cruzaban.

—«Aquel es el autor..... ¡Tan joven!..... ¿Le conoce usted?..... Es guapo mozo..... ¿Por qué llevará el pelo tan largo?..... Pues á mí me agradan esas cabezas de artista..... ¿Quién le ha presentado?..... Claudio Larcher..... ¡Pobre Larcher, cómo anda detrás de Colette!..... Salvaney y él van á matarse el mejor día..... ¿Se queda usted á la cena?—Ruborizado con tanto elogio, se encontró casi por fuerza separado de la Condesa por una mujer alta y seca, de cincuenta años próximamente, viuda de un señor Sermoises, que vino á ser «mi pobre Sermoises» desde su fallecimiento, como antes había sido la fábula de los cafés por la conducta de su esposa. De la ligereza pasó ella á la literatura, pero á la literatura reflexiva y piadosa, y como por la Condesa supo que Renato era sobrino de un sacerdote, se creyó en el deber de decirle:

—¡Qué poesía divina y qué gracia! Wateau escribiendo. Nos venga usted, caballero, de esos pertenciosos analistas que parece que hacen sus libros con un escalpelo y sobre una mesa de mal augurio.....

—¡Señora!—contestaba el autor anonadado con semejante fraseología.

—Que yo lo vea á usted en mi casa; recibo los miércoles de cinco á siete. Me permito pensar que preferirá usted la sociedad de mi salón á la que se reúne aquí. Esta Condesa, excelente persona, es extranjera, ¿sabe usted? Encontrará usted allí á los señores del Instituto, que tienen la bondad de consultarme sus trabajos. Yo misma he escrito algunas poesías; poca cosa, algo á la memoria de mi pobre Sermoises, que he titulado sencillamente *Lirio de la tumba*. Ya me dirá usted su opinión con toda franqueza.

En esto llega una señora de unos cuarenta años, todavía elegante de facha y figura, y la de antes hace su presentación en regla:

—La señora Huralt: el señor Vincy. ¿Verdad, amiga mía, que es delicioso? Wateau escribiendo.

—Debe usted ser apasionado de Musset, caballero—dice la recién venida, mujer de un autor que usaba el seudónimo de Florac, desgraciado en sus trabajos, á pesar de ser hombre de mundo, y de las intrigas de la señora, que siempre llevaba á su mesa á algún crítico ó personaje relacionado con un crítico, algún empresario de teatro ó pariente de empresario.

—¿Quién á mi edad no le adora?—contestó el joven.

—Ya lo decía yo al escuchar esos bonitos versos, que me han hecho el efecto de una música oída en alguna parte.

Mas reflexionando que tras un poeta puede ocultarse un gacetillero, intentó enmendar su cruel epigrama de envidiosa con una invitación.

—Tendré sumo gusto en verle á usted por casa los jueves de cinco á siete, y mi marido, que no ha venido esta noche, se alegrará mucho de conocer á usted.

—Otra presentación: la señora Ethorel, señor Vincy—dijo la de Sermoises.

Érase una linda joven, muy morena, de grandes ojos aterciopelados y de una delicadeza casi frágil que contrastaba con su voz casi grave.

—¡Cómo sabe usted hablar al corazón, caballero! ¡Cómo me gusta aquel soneto de Lorenzo! .. «El fantasma del año pasado...»

—«El espectro de un año pasado...»—rectificó Renato, sonriendo de la pedantería y del error, puesto que las dos estrofas á que se aludía en nada se parecían á un soneto.

—Eso es admirable. Recibo los sábados de cinco á siete un reducido número de personas, y agradeceré á usted figure entre ellas.

Apenas si el autor tuvo tiempo de saludar, y ya la Sermoises, dejándose arrastrar por ese vanidoso afán del reflejo que domina por igual á ciertos hombres y á ciertas mujeres, enredaba á Renato en nuevas presentaciones. Hubo, pues, de sufrir la de una señora de Abel-Mosé, distinguida hermosura de la colonia israelita, vestida de blanco; después la señora de Sauve, de rosa; luego la de Bernard, de azul. Más tarde la de Komof vino á buscarle y le llevó ante la Condesa de Candale, la orgullosa descendiente del terrible general del siglo xv, y de su hermana la Duquesa de Arcole. A estos apellidos franceses se agregaron otros imposibles de conservar, de parientes de la Komof, y vuelta á las cortesías y á los apretones de manos con los caballeros de aquellas señoras. Renato conoció de este modo al Marqués de Hère, el más ordenado de los elegantes, que vive con sus veinte mil pesetas de renta como si tuviera el doble; al Vizconde de Brèves, á punto de arruinarse por tercera vez; á Crucé, el coleccionador; á San Giobbe, célebre tirador italiano, y á tres ó cuatro rusos. Más bien desconcertado que entusiasmado se sentía Renato en medio de esta sociedad europea y entre estos nombres que conocía por haberlos leído en las revistas de los periódicos con ese deseo que tienen los

jóvenes de la clase media por llegar á frecuentar el trato de estos círculos en que hay más ricos que aristócratas. A muchos artistas se les hace intolerable acudir á un mundo donde van como á la exposición de sí mismos y á encontrarse en un país extraordinario, al lado de personas que, por la costumbre, están con la naturalidad de lo que es su vida ordinaria. El aturdimiento de semejante situación, mezcla de ilusión satisfecha y disgusto por la indiferencia de los cumplidos, obligó á Renato á pensar en su amigo Claudio, que no pareció. En cambio, vió á Colette, que con su mismo traje de colores vivos y antiguo corte llamaba la atención en medio de los fracs negros que la rodeaban. También ella estaba violenta, como flor transportada fuera de su centro, mitad orgullosa y mitad confusa de la atención de que era objeto. Se le conocía en una cierta desconfianza de la mirada y la sonrisa que se animó algún tanto al fijarse en Renato, como si fuera de los suyos. Venía hablando con el notable personaje de color de ladrillo que respondía por Salvaney, rival de Claudio.

—Aquí está mi autor. ¿Qué tal? Todo ha salido bien. Salvaney, felicite usted al señor Vincy, aunque no entienda nada de estas cosas. ¡Ah! diga usted de mi parte á Larcher

que ha logrado hacerme reventar de risa con su mechón de pelo en forma de sauce llorón.

Notábase verdadera crueldad en la mirada de la Rigaud, que provenía de haberse marchado Claudio sin siquiera despedirse. Lo amaba á su manera, engañándole y torturándole, y sobre todo envileciéndole. Su venganza estaba satisfecha con burlarse de él delante de Salvaney, segura de que el cándido Renato le referiría la escena. Éste le preguntó en voz baja, mientras el acompañante saludaba á unos amigos:

—¿A qué viene eso, si sabe usted cuánto la ama?

—Verdad es—dijo Colette alzando la suya y riendo de un modo infernal.—Conozco la historia; soy su genio malo, su fatalidad, su Dalila. Tengo no sé cuántas cartas en que me lo dice. Lo cual no es obstáculo á que se emborrache como un templario so pretexto de huirme...

Alzó los hombros y añadió alegremente:

—La Condesa nos hace señas de que vayamos; sólo quedan los íntimos y nosotros. A cenar; Salvaney, el brazo.

El tiempo, con efecto, había transcurrido y era ya corto el número de personas que quedaba en el salón. Despertó Renato de su aturdimiento, y la Condesa, que sólo había convi-

dado á cenar á unos treinta amigos, dió la señal de subir, tomando el brazo del más importante de los invitados, un embajador muy en moda en esta sociedad elegante que se divierte. Formáronse las parejas, empezó el desfile hacia una especie de galería, que parecía á la vez gabinete por los detalles de fantasía, y salón por sus dimensiones, salvando la escalera estrecha y decorada con maravillas de bronces y maderas traídas de Italia. Habíase colocado en el centro una larga mesa adornada de flores, cargada de frutos, resplandeciente de cristal y plata. Al lado de cada cubierto brillaba un globo rosa rodeado de follaje, en cuyo interior ardía una vela invisible: novedad inglesa que mereció los plácemes de los comensales. Arreglóse cada cual donde le pareció más conveniente, y Renato, que por cortedad subió solo y de los últimos, se sentó casualmente entre el Vizconde de Brèves y aquella señora rubia con traje de color de fuego á quien saludó Claudio en la antesala y dijo llamarse la de Moraines, hija de Bois-Dauffin, uno de los Ministros más impopulares de Napoleón III.

Desde su rincón pudo Renato observar, ya más tranquilo, que la señora de Moraines entablaba sus diálogos con el vecino de la derecha; que el Vizconde hacia lo propio con la

vecina de la izquierda; que Colette se reía con Salvaney, y la dueña de la casa parecía prepararse á contar alguna sesión de espiritismo, según la brillantez de la mirada, la alteración de sus facciones y el movimiento de aquella mano tan grande como recargada de sortijas. Ella, tan solícita con sus amigos, casi no se ocupaba de atenderlos. En tal disposición de ánimo, más triste que nunca por el momentáneo abandono en que se veía, después de tanto entusiasmo apagado en el instante, Renato se detuvo á considerar cuán fugaces son estos placeres mundanos. De todas las mujeres que le habían cumplimentado, unas partieron ya, otras se distribuyeron aquí y allí en la mesa, donde el actor que hizo de Lorenzo, único que quedó con Colette á la cena, venía á ser el reflejo de su propia imagen. Y por cierto que comía y bebía con excelente apetito, vestido á lo señor y sin dirigir la palabra á nadie. Renato fijó la vista, por último, en aquella señora á su lado colocada, cuya gracia le admiró á la entrada del vestibulo, seguro de haber encontrado una criatura refinadamente aristocrática. La señora de Moraines, bajo su apariencia delicada, escondía el temple de una mujer fuerte, llena de vida en su esbeltez. Linda cabeza de cabello rubio pálido como el oro, descansaba sobre la nuca vigorosa, que

á su vez se apoyaba en hombros cuyo contorno había sido respetado por la delgadez de las carnes. Reía mostrando dientes blancos y agudos; sus ojos dulces y azules recordaban á Ofelia y Desdémona; todo en ella era contraste, desde los dedos afilados de unas manos transparentes, hasta el tinte de su rostro rebosando salud y rebeldía á la anemia. Era un encanto casi ideal y un materialismo completo el de esta fisonomía y este temperamento; como nota saliente debía inspirar desconfianza. Pero Renato ni era médico ni filósofo, sino poeta; por eso sólo veía una deliciosa vecindad mientras llevaba á la boca los trozos de las viandas; su sensualismo, excitado por tanta impresión, le dejaba adivinar el perfume fino y penetrante del heliotropo blanco, su favorito desde niño hasta el punto de haber puesto en uno de sus poemas estos dos versos:

«L'oponax alors chanta dans l'homme douce  
L'histoire des baisers que nous n'aurons pas eus...»

Sin darse exacta cuenta, renació en Vincy, al fijarse en la armoniosa risa de su vecina, aquel deseo que expresaba á Claudio camino de la casa en que se encontraba. Ser amado de una mujer parecida era su afán, y, sin embargo, esta hora de ilusión iba á transcurrir sin cruzarse entre ambos ni una palabra,

causándole fuerte impresión este desengaño. La Condesa de Komof, que á la sazón habia vuelto en sí, conoció la situación de Renato y rogó al Vizconde de Brèves le presentara á la señora de Moraines. Sus lindos ojos azules se detuvieron en el poeta y una sonrisa de simpatía se dibujó en su boca fresca, pura y roja flor, según el pensamiento del poeta. Esperaba éste un nuevo superficial cumplido; mas con sorpresa no lo recibió, sino que ella, admitiéndole á su conversación con Crucé, dijo:

—Hablábamos del talento con que Perrin pone las obras en escena. ¿Recuerda usted, caballero, las decoraciones de la *Esfinge*?

Su voz ligeramente velada y dulce, tan en armonía con el tono de su belleza, la hacían irresistible. Renato sufrió su influjo como antes el del perfume que exhalaba, y con gran dificultad pudo contestar á la pregunta. Lisonjeada con este género de admiración tímido y no disimulado, tuvo el tacto y la gracia de llegar á inspirar hasta casi la confianza en el poeta, que expresó entonces con elocuencia natural sus propias ideas sobre el teatro, mostrándose apasionado con las representaciones de Wagner en Bayreuth. La de Moraines le oía mirándole como miran esas grandes cómicas de los salones al hom-

bre que han conocido y desean seducir. ¡Si hubieran dicho á Renato que aquella mujer ni se ocupaba siquiera de la existencia de Wagner! Colette gustó del champagne algo más de lo conveniente, y entre todos los comensales empezó á reinar la expansión.

Entretanto, la vecina de Renato le declaraba el placer que sentía por haber encontrado un verdadero poeta.

—Creía extinguida la especie—todo esto cambiando las posiciones y fingiéndose ella intimidada ante la superioridad del talento.—Deseaba conocer á usted. ¡Me agrada tanto el *Sigisbeo*! Pero luego pensé que con qué objeto. Y vea usted cómo la casualidad nos ha reunido. No tiene usted el aspecto de un hombre que se divierte—añadió—y menos el aire del triunfo.

—¡Ah! señora, va usted á suponerme ingrato; pero los elogios de que todas esas personas me colmaban por indulgencia, me han dejado helado.

Esta confesión ingenua era testimonio del atractivo á que se hallaba sujeto.

—Por eso no los he aumentado yo con el mío. ¿Va usted mucho á sociedad?

—No se ría usted de mí. Esta es la primera vez que la frecuento; antes la conocía por las novelas y los libros. Soy un completo salvaje.

En él, natural espontaneidad, que tanto encanto producía; curiosidad en ella al escucharle.

—¿Y cómo pasaba usted las noches?

—Trabajando; vivo con una hermana y casi no conozco á nadie.

—¿Quién le ha presentado á usted?

—Uno de mis amigos, que quizás lo será de usted, Larcher.

—Hombre muy agradable, pero que tiene el defecto de pensar mal de todas las mujeres. No hay que hacerle caso—agregó sonriendo.

—Ha tenido la desgracia de enamorarse siempre de coquetas indignas, y se figura que todas son iguales.

En el lindo rostro de ésta se dibujaban sensaciones varias; algo de tristeza, de orgullo mortificado, de compasión hacia Claudio y de discreto temor para Renato, como prueba de muda estimación. Durante unos minutos de silencioso goce, cuánto se alegró el poeta de que su amigo no estuviera presente y envenenara con sus paradojas aquellos instantes. La de Moraines era un ejemplo de tales injusticias, apasionada de lo bueno y de lo bello, pudorosa de que se adivinase la pureza de sentimientos que se esconden en la ligereza aparente de la vida del gran mundo. ¡Tan delicada y tan virtuosa!

—¡Qué conversación tan rara hemos mantenido en una cena! Supongo que le habrán hecho á usted mil invitaciones, y casi no me atrevo á rogarle que me visite. Sin embargo, cuando pase usted por mi casa los días de ópera, antes de la hora de comer, y quiera usted vernos, tendremos sumo gusto en recibirle. Conocerá usted á mi marido, que no ha venido esta noche porque está algo indispuesto y se empeñó en que yo no faltara á las reiteradas instancias de la Condesa. Esto le probará á usted—añadió estrechando la mano del poeta—que se logra la recompensa cuando fielmente se cumplen los deberes, aun los que tenemos con la sociedad.